

las personas que ya no se necesitan. ¿Son «snobs» o trepadores? Son los conformistas mundanos.

Numerosísimos y obstinados, son, sin embargo, más inquietos que los de hace diez o veinte años que, como sus grandes modelos, no encontraban dificultad para realizar las tres operaciones indispensables para llegar a ser alguien: 1) Despreciar. 2) Excluir. 3) Escoger. Dada la actual confusión de valores (los reyes ya no tienen importancia; ciertos ricos vulgares, por el contrario, son muy importantes, y están en vía de extinción quienes han dictado la ley durante decenios), nuestros conformistas de hoy atraviesan casi todos una fase de neurosis que les puede llevar a la cura del sueño.

Sufren, evidentemente, una neurosis de selección: ¿A quién despreciar, a quién excluir, a quién escoger en medio del caos de nuestros días? ¿Hay que pasearse con la chica «african look», con el político del salón, con la jovencita que se gasta el dinero del baile de la puesta de largo en hacer un viaje a la Polinesia, con lo que queda de los «playboys» internacionales o con el aristócrata inteligente? ¿Y cómo llegar hasta una de esas hadas de los salones que, al parecer, siguen existiendo, inigualables en el arte de sugerir las dosis de un «cocktail party» y en hacer participar al ignorante en esas conversaciones llenas de nombres de pila y de frases reticentes que emplea la gente de «mundo»?

Es muy difícil, para el principiante, llegar a decidir, y debe, por lo tanto, limitarse a husmear a su alrededor, a permanecer en posiciones indefinidas hasta el último momento, para escoger la que, según él, es la combinación de «primera» (calidad), traicionando con ello a amigos de años, faltando a las promesas, construyendo montañas de mentiras.

Entonces él alimentará un fervor cortesano, una adoración casi demencial por quien es todavía maestro de ciencias mundanas, por quien se mueve con divina desenvoltura en el proceloso mar del «hombre de nuestros días», en el que impera, sobre todo, el placer de no estar nunca solos. Primero tiene que soportar el desprecio de este mundo, pero más tarde intentará copiar su libre y negligente elegancia y, con su ayuda, seguirá itinerarios fijos y antiguos (los mismos que siguió Galeazzo Ciano) que llevan a la caza del zorro, en la que siempre participan personajes reales y reyes que ya no son de actualidad. Pero Felipe de Edimburgo (que todavía está de moda) pasa por allí para ir a salvar el Parque Nacional de los Abruzos.

Para nuestro conformista, que

se somete al ritmo de vida del «hombre de nuestros días» (¿qué mejor vida que la constante ubicuidad a bordo de un avión privado, con mantas de visón y contemplando un Picasso?), la meta máxima en el campo femenino sigue siendo Jackie Onassis, porque es multimillonaria y porque hace cosas de cierto interés para los conformistas de hoy: un salto de Londres a Sorbeby para comprar un Klee, o a Viena para escoger entre cinco Klimt. ¿Cómo viste nuestro héroe? Sin el lujo de antes, sino de un modo casi severo. Terciopelo, pero sólo de día; jersey (con pantalones, naturalmente) a todas horas.

¿Cómo decora su casa? En un término medio, entre el retorno

a la «Bauhaus» y las películas de Fred Astaire (divanes blancos y mesas de mármol negro). ¿Su jerga? Llena de palabras extranjeras o traducidas de oído; «darling» está pasado de moda, pero decir «la obra es osadísima» o «aburrida hasta la muerte», llamar «honorable» a la tonta honesta, son cosas que pueden hacer su efecto. ¿Y en cuanto al sexo? Aquí el conformista es anticonformista al máximo: total libertad en la materia, ninguna barrera, admite incluso el noviazgo entre señoras.

El conformista se encuentra finalmente con otro conformismo involuntario dentro de su vida: el hijo «contestatario», abundan-

te también en el «hombre de nuestros días» e incluso en la familia que, entre nosotros, es considerada como la expresión más alta de esa dorada sociedad. El retoño desaparece de casa durante tres días. Hasta que una mañana la madre siente un portazo impertinente, escucha a alguien que entra en el cuarto de baño y abre todos los grifos. Espera a que el hijo esté en la bañera para ir a regañarle, y cuando entra, un espectáculo insólito la hace enmudecer: dentro de la bañera está, rodeado de espuma, pero en compañía de una estupenda rubia, que con una sonrisa la saluda diciendo: «Good morning, madam. ■ C. C. Copyright EFE-L'Expresso.

DESMORALIZACION Y CONFORMISMO MORAL

JOSE LUIS L. ARANGUREN

EN otras ocasiones he expresado la idea, válida incluso —y especialmente— para quien se sitúe en la Oposición, que consiste en relativizar, hasta cierto punto la trascendencia de la organización política como causa de los males presentes de España, y buscar su raíz en la actitud moral. Moral social, naturalmente, y materializado, por tanto, en las necesarias reformas socioeconómicas.

A mi juicio lo que falla, lo que viene fallando es el temple moral. El país casi entero está sumido en la desmoralización. Desmoralización en doble sentido de la palabra: pre-ético y ético. Los españoles se encuentran en baja forma moral, su moral está por los suelos, como suele decirse; han perdido la confianza en sí mismos y en su destino. Y correlativamente a esta pérdida de confianza, también —punto de vista estrictamente ético— las creencias morales mismas (en el sentido orteguiano de la palabra), el sistema de valores tradicionales está en crisis, y casi nadie se adhiere ya, sin reservas, a él. (La corrupción administrativa, ejemplificada a la vista de

todos por Matesa, no es sino manifestación externa de todo eso.)

¿Qué pasa entonces? Salvo algunos grupos regionales juveniles que —se comparta o no su actitud y su «creencia»— mantienen, o mantenían al menos hasta que sali, al principio de año, del país, su moral, y salvo —respetemos la *sancta simplicitas*— los que, de buena fe, sigan viviendo en la moral tradicional, aceptada en bloque, yo diría que los españoles se encuentran, de derecha a izquierda, en una de estas posiciones: 1) fanatismo, es decir, falta íntima de fe, subconsciente, reprimida y «tapada» con pasión ciega; inyectarse los ojos en sangre para así no poder «ver»; 2) falta de fe de quienes, prefiriendo, sin embargo, no replantearse el problema fundamental de su sistema de valores, se conforman con el establecido; 3) falta total y totalmente consciente de fe y entrega al cinismo de un acatamiento puramente externo del sistema moral vigente; y 4) puesta en cuestión del sistema establecido, «contestación» moral y búsqueda de una nueva moral.

Este último grupo, lo mismo que el de los «creyentes» al que antes hice alusión, es radical,

casi exclusivamente juvenil y minoritario. La «mayoría silenciosa» de los españoles no es crítica, en el sentido profundo de la palabra. Tampoco —por fortuna, es lo que nos faltaba— fanática. Ni, como antes decía —pues se trataba de un residuo tradicional a extinguir—, moral en seguro. La «mayoría silenciosa» de los españoles oscila entre la desmoralización y el conformismo. Han perdido toda «creencia» y confianza morales, carecen de toda confianza de lograr otra moral nueva, y se conforman con «ir tirando», consumir lo más que pueden —muchísimos, todavía muy poco; algunos, demasiado—, a la vez que se conforman a la ley moral vigente (como a la otra: no por convicción, sino por inercia, o por las sensaciones, legales o sociales, que acarrearía su violación de descubrirse).

La Oposición, obsesionada por la política, no sé si tiene conciencia suficiente de que el problema con el que tendría que enfrentarse si, por un milagro, el poder cayese alguna vez en sus manos, por ejemplo el de la instauración de un socialismo democrático, sería, antes que nada, en España, un problema moral. ■